

Una Iglesia Católica en La Haya

LA HAYA

Arquitecto: Aldo van Eyck

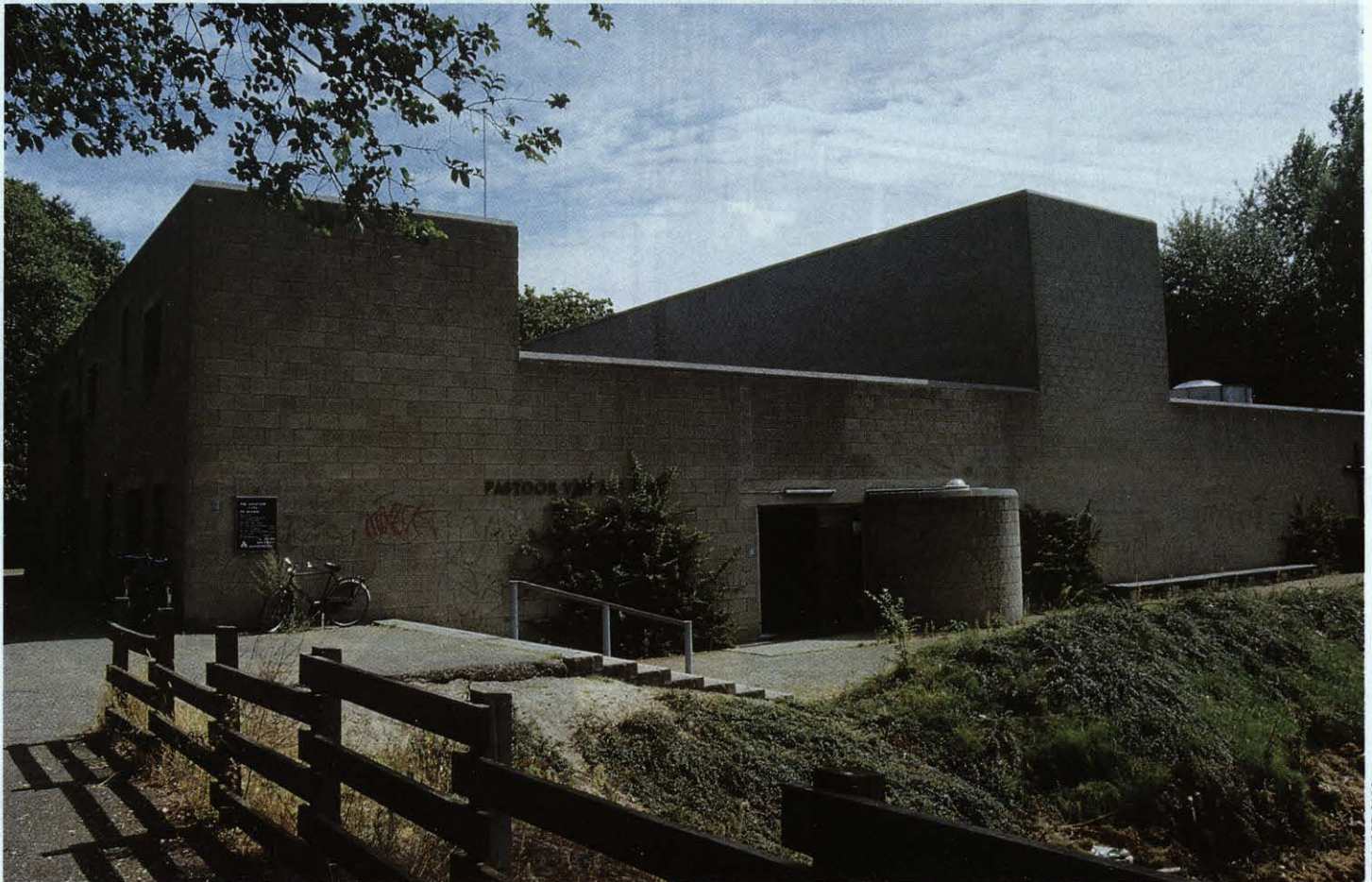
Fecha final de obra: 1968

Texto procedente de:

Uitgave: Johan vanBeek 1983

p/a Akademie van Bouwkunst, Hoge der Aa 12,9712 AC Groningen. 050-180872

Druk: Grafisch Bedrijf Assen b.v., Assen



ENRIQUE DELGADO

Aunque no soy católico ni profeso ninguna otra religión, a lo largo de mi vida he visitado innumerables templos y lugares sacros de todo tipo; he entrado en ellos, he permanecido un rato y después me he ido, como cualquier otro arquitecto/turista, pensando tan sólo en el edificio en sí y sin prestar mayor atención a lo que ocurría en su interior.

Con este bagaje estrictamente laico acumulado con los años me enfrenté tanto al diseño del templo de Las Ruedas del Cielo como al de la iglesia que nos ocupa, confiando en que las paradojas específicas de ambos tipos de edificio pudieran, en todo caso, traducirse a problemas arquitectónicos.

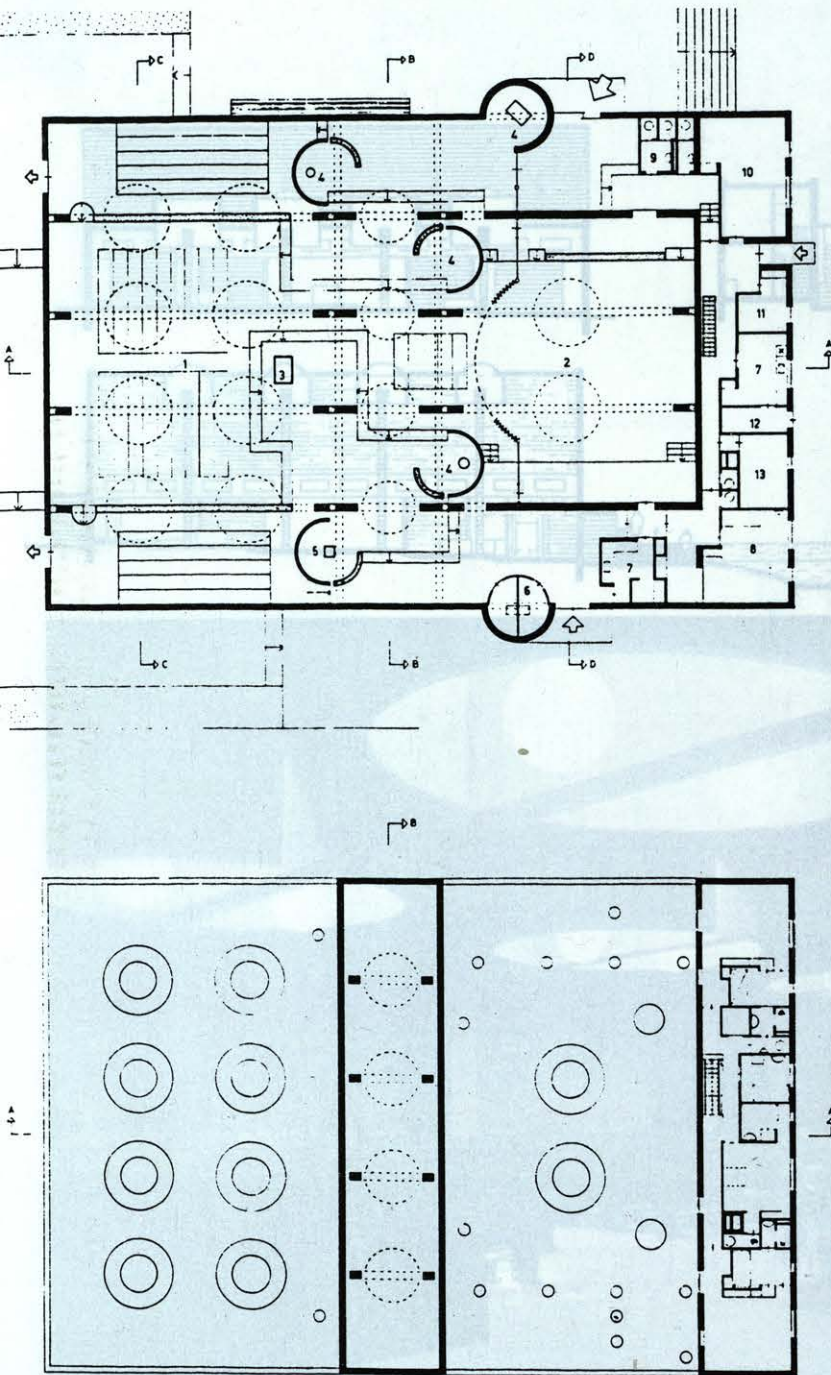
Sin intentar, en modo alguno, secularizar (es decir, neutralizar o banalizar) lo que para

otras personas es sagrado, en ambos casos traté, en mi calidad de advenedizo, de suavizar la vieja y gastada inamovilidad de la Jerarquía, convenciéndole de que se mostrara más flexible y tratara de ver las cosas de un modo más relativo. Para ello tan sólo pude echar mano de las suaves maneras del mutuo respeto.

El rectángulo del solar (ABCD en el plano) resultaba excesivamente pequeño para desarrollar todo el programa, hasta que decidí organizarlo todo en un único rectángulo, renunciando así a mi primera idea de una aproximación gradual al edificio, tan sólo posible mediante una complejización de área circundante. En su lugar, creé una entrada inmediata, en la que tan sólo el carácter de las puertas conservaba un último vestigio de la idea

precedente. Al edificio se accede, de uno en uno, a través de una puerta lateral muy pequeña y, tras la misa, los fieles abandonan el templo todos juntos mediante una puerta mucho mayor. La luz pasa a través de unas pequeñísimas piezas cuadradas situadas en el punto de encuentro entre ambas puertas. En realidad, el verdadero acceso se produce una vez dentro del templo. Lo que supone una limitación inevitable, que no deja de ser una limitación.

Yo quería combinar el carácter de un espacio de poca altura, a la manera de una cripta, con la sensación de elevación de una iglesia gótica. De este modo, uno estaría en una zona de techo relativamente bajo mientras estuviese sentado y en un espacio de gran altura en los recorridos a pie justo al entrar en el edificio y al abandonarlo.



Plantas baja y superior

Como estamos hablando de un espacio relativamente estrecho (3,40 m entre ejes de estructura) 11 m. era ya una altura suficiente para dar un sentido ascendente a la zona alta. Una altura de entre 2,50 y 3,40 m. en la zona baja no resultaba tampoco demasiado reducida, sobre todo si se articulaban correctamente los elementos, tanto en sentido horizontal como (muy especialmente) en sentido vertical. Y es que creo que en los edificios actuales no se le da a cada espacio la altura libre adecuada. Esto ha venido sucediendo desde que las mentes literarias de los arquitectos del presente siglo comenzaron a concebir el espacio en sección longitudinal. Por desgracia se ha perdido lo que mi mujer, en cierta ocasión, denominó "horizonte interno del espacio".

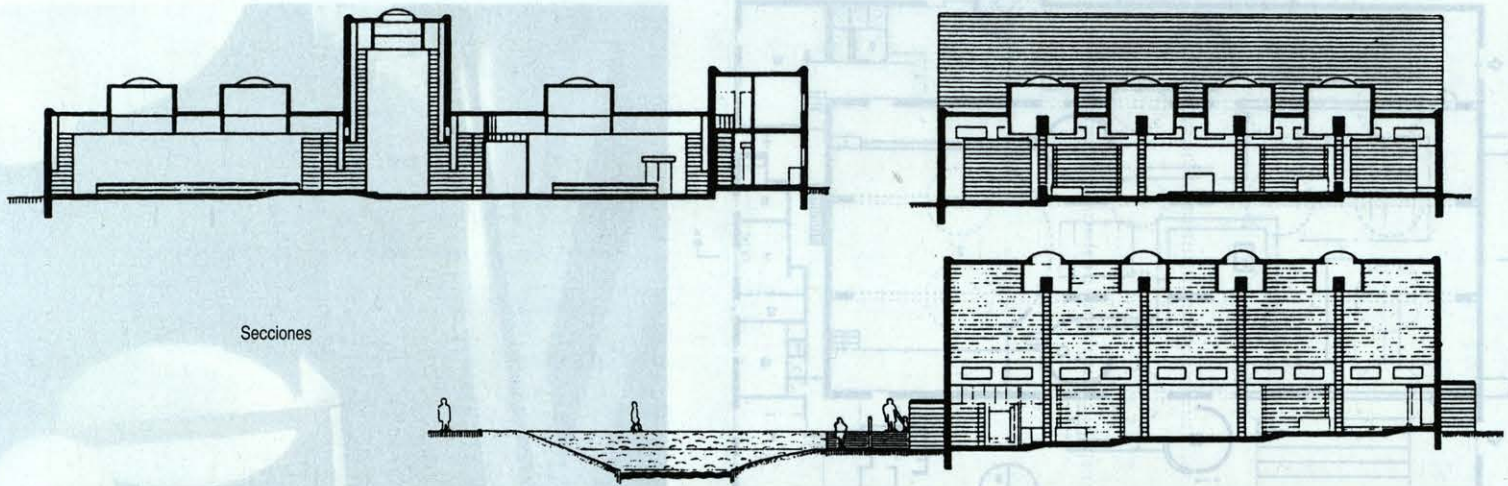
La zona de doble altura, que no es ni nartex ni nave sino una mezcla entre ambos, se entiende como una especie de calle interior, a lo largo de la cual se suceden los distintos lugares de culto. Los fieles la atraviesan de un extremo al otro sorteando los muros exteriores, las capillas circulares y los grandes pilares. Los tres espacios en que se divide el interior se abren hacia la cubierta, en la que unos lucernarios circulares iluminan tanto el altar como a los fieles. La fachada se levanta a partir de un nivel excavado, inferior al de la calle. De este modo se logra una reducción de escala en el volumen del edificio y en la profundidad del foso ornamental. Esta diferencia de cota, artificialmente creada, entre la fachada frontal y la trasera (entre los dos accesos del edificio)

permite la inclinación de los suelos en los tres espacios de que consta el templo en un sentido perpendicular al eje longitudinal marcado por el altar. Así, y por una vez, la inclinación de la sala tendrá un sentido contrario al habitual.

Entre ambas cotas se crean cinco niveles de estancia en la zona de doble altura y tres en la de techo bajo. De este modo, uno siempre asciende o desciende en el interior, dependiendo del sentido en que atraviese el edificio. El altar se encuentra a medio camino y en el nivel medio de esta "vía sacra". Pensé que sería una especie de contrapunto relativista y suavizado para los que la atravesaran. Sin embargo, no quise jugar arbitrariamente (como se suele hacer hoy en día) con la posición del altar respecto de los fieles que asisten a la misa y

ENRIQUE DELGADO





Secciones



ENRIQUE DELGADO

permanecen sentados en el espacio de menor altura. Creo que tan sólo con la posición tradicional se logra el equilibrio adecuado. Aunque diseñé el altar, el resto de los elementos eclesiásticos y de culto corrieron a cargo de gente que creía en ellos. Yo me limité a crear los espacios para contenerlos. De hecho, tampoco hay en todo el edificio ningún símbolo ni enseña sagrada de obra ni campanas que despierten alarmados a los que aún duermen.

Y si finalmente resulta que muchos de los fieles son capaces de reconocer el espacio descrito como un lugar sagrado, espero que la explicación sea la solución arquitectónica dada a determinados elementos no necesariamente sacros.

Creo firmemente que lo mejor que puede hacer la arquitectura con los espacios de extremada emotividad es suavizarlos. Así podrá contribuir a aminorar la tensión interna que se produce en los que experimentan los fenómenos dualistas de una manera fuertemente polarizada hacia uno de sus extremos, despreciando el otro y cayendo en el error de considerar ambos componentes como falsas alternativas radicalmente opuestas.

Seguramente sea esta la razón por la que en mi trabajo tienen cabida la ambigüedad y lo paradójico. La arquitectura tan sólo acogerá nuestro retorno pacífico si trata de ser inclusiva y de no discriminar entre contrarios. No debe

negar ningún extremo de la verdad. En mi caso particular, trato de alcanzar una complejidad formal que apoye y reafirme su aspecto más humano. El que me sienta capaz de dar cabida a una multiplicidad de sentidos e interpretaciones no quiere decir que cualquier sentido sea posible. Tratar de acoger los múltiples significados de los fenómenos dualistas implica exponer todo sentido primario. Creo que los edificios que pretenden semejante ideal y, por lo tanto, llegan a ser perfectamente accesibles en un sentido emocional, son los verdaderamente importantes. Hay algunos así, pero no muchos. La Escuela de Arte de Glasgow es uno de ellos. ■

